



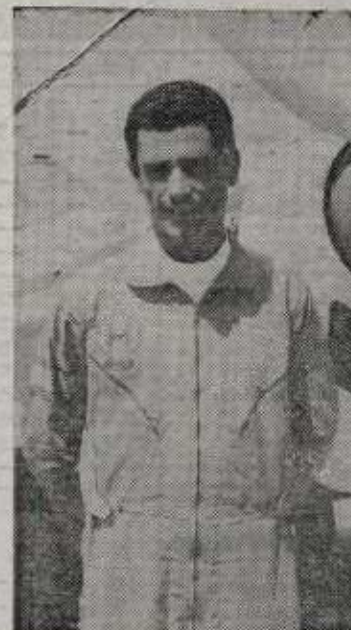
PARA
PARTICIPAR
EN EL
CAMPEONATO
MUNDIAL



Capitán Castaño



Capitán Quintana



Capitán Ugarte



Capitán Güil

El equipo español de vuelo



En la fotografía, de izquierda a derecha, de pie: Carretero; el jefe de equipo, teniente coronel Bartolomé Rubi; Güil; Castaño y Gil de Montes. Agachados: Quintana, Ugarte, Inclán y Navaio.

Van ma y compo

A cualquier hora del
Unión Soviética. A bordo vio
nuestro pabellón que Tomás

LOS entrenamientos exhaustivos que precedieron a la rigurosa selección y que comenzaron en enero en Albaladejo para continuar en Zaragoza y Huesca, tocaron a su fin. Antes de que los integrantes del equipo se dispersasen un par de días hasta incorporarse a la expedición que parte hoy, a bordo de una diminuta pero eficientísima avioneta "Jodel", y en compañía de ese gran aficionado y excelente piloto que es Fausto Álvarez Egula, volamos a Zaragoza... El ambiente de fiesta de alegría que reinaba en el pabellón de oficiales de la base aérea de Valenzuela, no es fácil expresarlo, no en vano se

DIGNIDAD DE LA PERSONA HUMANA

Suele cifrarse la dignidad de la persona humana en su entendimiento, en la conciencia y en la responsabilidad. A un más recto ejercicio de estas características personales corresponde una más alta dignidad personal. Por eso el hombre llega al mayor grado de dignidad cuando conquista las cumbres de la santidad. Entonces vive con un perfecto equilibrio y orden: las pasiones sometidas a la razón y a la voluntad, y todo el compuesto humano a la santa y santificadora voluntad de Dios.

El hombre que peca se degrada. Todo pecado entraña una degradación. El injusto, que conculca el orden social, y el soberbio, que perturba el orden y jerarquía de los bienes, comete una indignidad. El beodo, que con paso inseguro va por las calles hablando cosas inconexas, rebaja su dignidad humana a un nivel infrahumano.

Pero lo que más degrada y envilece al hombre es la lujuria; porque lleva en sí el predominio de la sensibilidad sobre las facultades espirituales, invirtiendo totalmente el orden que debe presidir a todo el compuesto humano. La lujuria constituye un auténtico embrutecimiento al paralizar la actividad del espíritu y proceder por instintos como el animal.

Y no es que el instinto y la facultad sexual, por sí misma, degrada al hombre. Lo ennoblecen cuando están gobernados por la castidad que es la virtud que modera o suprime, según los casos, la actividad sexual según las normas de la razón ilustrada por la fe. El instinto sexual y todas las pasiones enriquecen la personalidad cuando están perfectamente controlados y dirigidos; pero la anulan cuando se sobreponen a lo espiritual.

La castidad, fuente de equilibrio, de energías y de independencia, es una planta delicada, siempre en peligro de perderse a causa de la violencia del instinto sexual. Para su custodia cuenta con la virtud de la pureza que modera y controla los actos que

pueden constituir un peligro para la castidad: vestidos, diversiones, lecturas, trato, imaginación, etc. Un porte digno, un vestido honesto, una disciplina mental no son actos de castidad, pero ayudan poderosamente a poseerla y a conservarla.

Y esta verdad conserva todo su valor si se propone de manera inversa: donde no aparece la pureza en todo su esplendor, cuando se procede con ligereza, con desenvoltura, sin delicadeza, con excesiva familiaridad, sin recato allí no anida la virtud de la castidad y se coloca en gran peligro de cometer el pecado de lujuria, de rebajar notablemente su dignidad personal.

A la luz de estos principios es fácil comprobar el notable y vertiginoso descenso de la moralidad; parece que se intenta liquidar unas costumbres austeras, adquiridas con esfuerzos seculares, y que resultaría muy difícil recuperar. La mirada limpia de los niños españoles, que tanto impresionó al entonces cardenal Rencallí no surge por generación espontánea, sino por un ambiente puro y por la limpieza de muchas generaciones.

Las fuerzas vivas católicas tienen ante sí un problema grave que urge abordar. Y es necesario, no vivir solamente en la oposición a las iniciativas inmorales, sino tomando la iniciativa de una purificación del ambiente. Y aún mejor colaborar en la iniciativa, varias veces expuesta, de nuestro excelentísimo señor obispo. Contamos también con la colaboración de nuestras dignísimas autoridades civiles: el bando de nuestro excelentísimo señor alcalde, publicado en la Prensa local el día 19 de junio próximo pasado, y que en justicia tenemos que agradecer vivamente, es un exponente de esta colaboración. El problema, pues, aunque difícil no es insoluble.

FRANCISCO ALVAREZ
Canónigo penitenciario de la
Santa Iglesia Catedral

Humor extremo



—Lo que digo es que calma como la de